
Formación sacerdotal y Facultad de Teología

Mario Gutiérrez J., S.J.*

Es preciso subrayar el cuidado que dedica la Iglesia a la formación sacerdotal, y muy especialmente en los últimos tiempos. El Concilio Vaticano II fue muy consciente de que la renovación eclesial depende en gran parte del ministerio de los sacerdotes (1), en quienes se deposita la esperanza de la Iglesia y la salvación de los hombres (2). Se busca el cultivo de la madurez humana de los futuros ministros de Cristo, que se comprueba, entre otros puntos, en el recto modo de juzgar sobre los acontecimientos y los hombres (3). No se oculta el deseo de una formación filosófico-teológica, fundada en un co-

nocimiento sólido y coherente del hombre, del mundo y de Dios (4), en orden a buscar la solución de los problemas humanos, bajo la luz de la Revelación, y a comunicar la verdad de un modo apropiado a los hombres de nuestro tiempo (5).

Por otra parte el mismo Vaticano II ha enfatizado el valor de las Universidades católicas y la importancia que han tenido y siguen teniendo en el concierto de la obra educativa. En ellas se hace "como pública, estable y universal la presencia del pensamiento cristiano en todo empeño de promover la cultura más elevada, y los alumnos de

* Licenciado en Filosofía, U. Javeriana; Doctor en Teología, U. Gregoriana; Profesor en la Facultad de Teología, U. Javeriana, Bogotá.

(1) Cf. *Optatam totius* (OT), Proemio.

(2) Cf. OT 22,2.

(3) Cf. OT 11,1.

(4) Cf. OT 15,1.

(5) Cf. OT 16,3.

éstos institutos han de formarse hombres prestigiosos por su doctrina, preparados para el desempeño de las funciones más importantes en la sociedad y testigos de la fe en el mundo" (6). También aquí se advierte con claridad que "la suerte de la sociedad y de la misma Iglesia está íntimamente unida con el progreso de los jóvenes dedicados a estudios superiores" (7).

Juan Pablo II, en la reciente Constitución Apostólica "Sapientia Christiana", destaca la particular promoción de las Universidades y Facultades Eclesiásticas, que "se ocupan en especial de la Revelación Cristiana y de las cuestiones relacionadas con la misma, y que por tanto están más estrechamente unidas con la propia misión evangelizadora" (8). Ya el Concilio había indicado la necesidad de que exista en toda Universidad católica al menos un instituto o cátedra de Teología, abierta incluso a los seglares (9), y había exhortado a los obispos a enviar a los jóvenes aptos a institutos especiales "para que se preparen sacerdotes instruidos en estudios superiores, en las ciencias sagradas y en otras que parecieren oportunas" (10).

Estas líneas de seria motivación intraeclesial nos sirven de estímulo para el presente aporte en el cincuentenario del restablecimiento de la Universidad Javeriana. Nos proponemos como objetivo concreto responder a la preocupación de qué

alternativa le ofrece a la formación sacerdotal una facultad de teología en una Universidad católica, en medio de sus limitaciones y en un contexto socio-cultural tan concreto como es el de nuestro pueblo colombiano, común en muchos aspectos a toda América Latina.

No nos es posible abstraernos del contexto de la evangelización en el presente y en el futuro de nuestros pueblos. La Tercera Conferencia Episcopal Latinoamericana, reunida en Puebla a comienzos de 1979, en su intento de señalar un programa evangelizador constituye un auténtico desafío para una formación adecuada de ministros, agentes de transformación y cambio, en pro de una Iglesia comunión y participación en el hoy y mañana de nuestro Continente.

El trabajo que emprendemos no quiere negar los diferentes aspectos de una formación sacerdotal: espiritual, intelectual, de madurez humana, etc.. Aunque nos fijaremos especialmente en el de la formación teológica, sin embargo estimamos que se trata de un todo orgánico, en el que estrictamente no cabe ninguna separación.

Debemos mantener a toda costa que la teología posee su propio lugar epistemológico, su manera científica peculiar. Es preciso estar muy vigilantes para no considerar como teológico lo que no es sino un discurso basado en preconcepciones y quizás víctimas de manipulaciones indebidas.

(6) Gravissimum educationes (GE) 10,1.

(7) GE 10,4.

(8) Sapientia Christiana (SaC), Proemio III, 1.

(9) Cf. GE 10,2.

(10) OT 18.

Queremos ofrecer un aporte crítico positivo, conscientes de la riqueza de perspectivas que se abren a la formación sacerdotal, en proceso de inserción en la realidad concreta.

1. EL "ENSEÑAR" Y EL "HACER" TEOLOGIA

Consideramos necesario establecer en el punto de partida la distinción entre el "enseñar" y el "hacer" teología. En efecto, dentro de la unidad real, objetiva y concreta de la teología es posible discernir un doble lugar: el de "enseñar" y el de "hacer" teología. Una tarea es aprender a construir el discurso teológico bajo la orientación de los profesores y otra distinta es realizar un discurso teórico sobre la experiencia de fe de la comunidad eclesial. No se pueden confundir, y por lo tanto no es posible exigir a una teología enseñada lo que es propio del lugar de "hacer" teología, que no es la Universidad.

Cada uno de los dos lugares posee sus propias exigencias, aunque mantengan entre sí vinculaciones profundas. Es una distinción formal de aspectos, pero que ayuda a evitar confusiones: no es lo mismo enseñar dentro de una institución académica que elaborar una teología que responda a las necesidades de una Iglesia local.

El "lugar de enseñanza" es pedagógico y didáctico. Se trata de enseñar a los alumnos a hacer teología y no tanto a comunicar lo más actual o útil de la producción teológica. No se trata de vender productos para el consumo, sino de

iluminar lo "teológico", el propio lugar epistemológico de la teología, de aprender a hacer teología, de conocer sus reglas internas. Es decir se toma la teología como una práctica teórica.

La teología posee su especificidad epistemológica. Esta debe ser conservada y explicitada en su enseñanza, sin ceder a inmediatismos y simplismos fáciles, como sería el preconcepto de que una práctica pastoral es suficiente sin una teoría teológica o que esta es producida por aquella de un modo espontáneo.

El penetrar en este modo peculiar teológico de apropiarse del objeto propuesto es algo que sinceramente nos preocupa. Se trata de todo un proceso hermenéutico peculiar con pasos definidos: 1) Elaboración del dato pre-teológico, tomado de la experiencia o fruto de otras ciencias. 2) Comprensión de la Escritura. Este es el modo propio con que la teología lee y elabora el dato que se le presenta. Supone un primer momento que consiste en un saber explicativo de la misma Escritura, que penetra en sus estructuras con la ayuda de instrumentos científicos de crítica literaria. En un segundo momento se busca comprender el sentido de la Escritura en un esfuerzo de memoria comprensiva de la Tradición en sus grandes momentos y en un trabajo más especulativo de penetración discursiva, a partir del dato recordado. 3) Confrontación del dato pre-teológico con la comprensión de la Escritura. Surge así algo nuevo que no es la simple repetición de la Tradición cristiana, ni la conservación intacta del dato pre-teológico.

En este proceso teológico de mediación hermenéutica es en el que el profesor deberá acompañar al alumno. Debe ayudarlo en esta aventura por un universo de significados tan complejo, de tan larga tradición cultural. El lugar de enseñanza es el de la confrontación con la tradición en una lucha de comprensión con el pasado, bajo el estímulo de las preguntas del presente. No se trata de una mera repetición, de un dogma petrificado.

En esa enseñanza teológica, el alumno se capacita para ser teólogo. Pero sólo lo será verdaderamente en su propia región, en medio de los problemas de su Iglesia local. Esto indica la estrecha unión entre “enseñar” y “hacer” teología. Esta no se hizo para ser enseñada, sino que es pastoral, es un discurso especial sobre la conciencia de fe de la praxis pastoral de la Iglesia.

El punto de partida deberá ser la vida concreta de la Iglesia, el orden particular, real, en que acontece la salvación de los hombres. En función de esta vida el teólogo debe producir sus conocimientos. Propiamente no se hace teología para que los otros teólogos lean, sino para responder a las preguntas, a las necesidades, a las búsquedas de sentido de las comunidades eclesiales concretas.

Es condición del teologar la vinculación con la realidad pastoral, sin perder su modo propio.

Así como la Iglesia universal se hace presente en las diferentes Iglesias particulares, y estas hacen concreta a aquella, así toda teolo-

gía “particular”, en vez de constituir una “secta”, concretiza y hace presente la teología católica. Esta no es ni mucho menos una mezcla indigesta de teologías. La única teología universal se manifiesta en las teologías de las comunidades eclesiales.

Comprendemos, pues, la importancia del lugar concreto, histórico, situado. De lo contrario la teología sería una pura abstracción, sin influencia vital. Y se impone una respuesta a los verdaderos problemas que se están viviendo en la Iglesia local respectiva.

Vamos viendo con claridad que es preciso realizar una síntesis entre los intereses universales de la teología y aquellos de la teología situada en un contexto social determinado. Nuestro interés, por consiguiente, será el hacer una teología en Colombia, en medio de una problemática muy concreta de nuestro pueblo. Debe ser una síntesis que evite dos extremos: un dogmatismo de los valores perennes o defensa de algo intemporal o un particularismo y regionalismo a ultranza.

En este “lugar social” de la labor teológica debemos considerar todos los condicionamientos de la realidad empírico-social en que se vive y el compromiso auténticamente político que refleja. Es que la práctica teológica no está al margen de la sociedad, sino que ejerce una función socio-política, responde a intereses sociales, fruto de opciones nítidas, que en toda honestidad deberán aparecer muy claros, so pena de que la teología sea tildada de mera “ideología”. Es imposible llegar a la realidad, sin que se dé la

mediación de intereses y perspectivas concretas. Son intereses que provienen de una vivencia espiritual cristiana, de una situación existencial concreta del teólogo.

Insistimos en la íntima relación de los dos lugares: el de "enseñar" y el de "hacer" teología. Efectivamente es una misma la persona que enseña y la que hace teología. Debe vivir como meta la unidad de enseñanza haciendo teología y hacer teología enseñando. Sólo de ese modo los alumnos verán la diferencia de los dos momentos, sin romper la unidad existencial.

Por otro lado los datos de la situación concreta son el mismo punto de partida para el hacer y para el enseñar teología. El "lugar social" del hacer teología interfiere en la enseñanza de la misma. No es posible enseñar teología dentro de un hacer teología, ajeno a la praxis eclesial local, al contexto eclesial del mismo teólogo (11).

2. LA FORMACION TEOLOGICA EN EL SEMINARIO

Ante la preocupación fundamental por la formación del clero, el Concilio de Trento en su Sesión XXIII, el 15 de Julio de 1563 instituyó los seminarios, por un decreto especial. Desde entonces hasta el presente despertar, ocasionado por el Concilio Vaticano II y los cambios vertiginosos del mundo en la edad contemporánea, se ha ido fraguando la figura del seminario tradicional o "conciliar" como se le ha llamado.

Nadie se atrevería a negar los beneficios que esta institución ha producido para la Iglesia, especialmente en circunstancias históricas de lamentable deficiencia en la formación del clero. El nivel humano, espiritual, intelectual y pastoral ha ascendido visiblemente. Es preciso tener en cuenta la perspectiva histórica y el horizonte cultural que refleja el seminario.

De ninguna manera pretendemos ser negativos al considerar el lugar de la formación seminarística. Más aún, no desconocemos los avances muy positivos que se van realizando en muchas Iglesias particulares, y que están muy concordes con las nuevas perspectivas históricas y los horizontes culturales de la actualidad.

Con una pretensión de descripción y análisis ofrecemos algunos elementos que demandan superación positiva, en orden a una formación más de acuerdo con el mundo actual y muy especialmente con nuestro medio concreto.

En la perspectiva de un seminario tradicional "tridentino" la teología se enseña con miras a la preparación de los seminaristas para sus funciones pastorales en el cuerpo clerical. Se prepara al joven para continuar un sistema eclesiástico ya fijo. Los mismos profesores son conscientes de que sus enseñanzas se dirigen a alumnos destinados a una labor intraeclesiástica. Los temas se seleccionan en función de la utilidad e intereses de los seminaristas, de su tarea dentro del sistema eclesiástico. Quizás no existe la preocupa-

(11) Cf. Libânio J.B., *Teologia no Brasil. Reflexões crítico-metodológicas, en Perspectiva Teológica* 9 (1977), 28-41.

ción por la situación existencial del joven que llega al seminario, común a la de los jóvenes de su edad.

Cabe señalar también que la teología es enseñada por clérigos para clérigos, dentro de una fidelidad al dogma estricto. El "juramento antimodernista", hecho al comienzo de cada año lectivo, expresa la vinculación del profesor a los intereses del sistema eclesiástico. Y la tensión con la llamada "libertad académica" no se hace esperar. La enseñanza de la teología se reduce a una mera transmisión repetidora de conocimientos de manuales. La autocensura que ejerce de continuo el profesor es un impedimento a la creatividad teológica. El estar en una institución controlada impide la sana libertad en el pensar, que hoy tanto se reivindica para la teología.

Desafortunadamente se advierte un alejamiento del pueblo, a quien el seminarista deberá servir más tarde, y en función del cual tiene razón de ser la institución eclesiástica. Los que están en formación no logran captar los intereses verdaderos del pueblo. No se puede pasar por alto también que la ausencia de los laicos, sea como alumnos o como profesores, ha recortado la visión de la realidad.

La mayor vinculación de los clérigos con los intereses de la así llamada "clase superior" les impide libertad y valentía en sus respuestas a la situación concreta. Por eso muchos preferirían que la enseñanza teológica se redujera a lo universalmente aceptado por la Iglesia y se evitaran los problemas y las controversias.

En general predomina en este mundo clerical una conciencia a-política, unida a una escasa presencia del "mundo" en la problemática teológica. Existe una tendencia centrista con reminiscencias conservadoras y una repulsa a toda perspectiva socializante. De ahí su actitud crítica en lo que se refiere a la problemática social y a los esfuerzos teológicos de naturaleza más incisiva.

En una institución en que predomina el elemento clerical entre profesores y alumnos, todo el horizonte de temas, lenguaje y afectos será religioso. La "secularidad" en su legítima autonomía no se tiene en cuenta o se toma ante ella una actitud defensiva, antitética. En particular el mundo del trabajo, del campo, están prácticamente ausentes de los intereses teológicos.

Estos elementos descriptivos nos muestran las consecuencias que se producen y nos abren a un intento de superación de las limitaciones en la medida de las posibilidades.

La teología seminarística, al estar orientada a la preparación de los jóvenes, dentro de un sistema intraeclesial, posee una intención inmediatamente pragmática, orientada a la acción pastoral y fácilmente termina en "recetas" o "fórmulas hechas" que deben ser enseñadas tal cual. Con frecuencia se reduce a un catecismo ampliado de preguntas y respuestas. Pero no se propicia una preparación para afrontar con actitud constructiva y crítica las nuevas situaciones. No se hace posible el seguir el proceso interno del pensar teológico en su continua tarea hermenéutica, a partir de situaciones sociales y culturales siem-

pre nuevas. Al alumno se le dificulta especialmente el enfrentar situaciones, en que se agiten problemas que no sean de naturaleza religiosa o caigan dentro del sistema eclesial.

Además se impone comentar el tremendo desfase del seminario, tal cual lo venimos describiendo, respecto a la situación existencial del estudiante. No se tiene en cuenta que el joven que viene al seminario no es distinto de los demás de su edad. Es sensible a los problemas existenciales y no muestra interés por una enseñanza teórica, abstracta, sistemática. Viene a comenzar sus estudios con un conjunto de problemas y espera recibir alguna respuesta o luz sobre ellos. Refleja una sociedad compleja y conflictual.

La teología que hace parte del universo institucional eclesiástico ejerce una función de legitimación en su dogmatismo y ortodoxia. Busca más y casi exclusivamente la fidelidad doctrinal que la creatividad y el esfuerzo de nuevas respuestas en el horizonte crítico e histórico de la teología. Queda lejos de los problemas del pueblo y se ocupa en cuestiones de importancia puramente intraeclesial y de ningún interés para la mayoría. Todo este mundo no se siente ligado a los graves problemas para la intelección de la fe que suscitan las diferentes ciencias naturales, humanas y sociales.

En síntesis podríamos afirmar que este modelo seminarístico, conforme a los trazos descriptivos seña-

lados a modo de elementos de reflexión, presenta una falta de apertura a la realidad compleja y conflictiva del mundo actual, particularmente latinoamericano, en el que tantas situaciones ambigüas y anticristianas plantean reales problemas a los responsables de la fe de todo el pueblo de Dios.

3. LA FORMACION TEOLOGICA EN LA FACULTAD UNIVERSITARIA

A las Facultades de Teología en las instituciones universitarias compete una labor especialmente delicada e importante. La Iglesia espera mucho de ellas y les confía el formar a sus propios alumnos, no sólo para el ministerio sacerdotal, sino también para enseñar en los centros eclesiásticos de estudios superiores, para la investigación científica o para desarrollar las funciones del apostolado intelectual (12).

La Facultad de Teología es, pues, el centro indicado para la investigación profunda de los diversos campos de las disciplinas sagradas, para la profundización cada vez mayor de la Revelación y el descubrimiento de la sabiduría cristiana. En ella se debe responder a los problemas suscitados por el progreso de las ciencias (13). Es el lugar de la enseñanza de una teología que desea encontrar un lugar entre ellas. No se trata de una situación privilegiada y tranquila, de un instalamiento en el pasado, sino de aceptar los cuestionamientos de las otras ciencias, especialmente del pensamiento positivista que pretende levantar la sospecha de que su lenguaje es un sinsentido, falto de rigor.

(12) Cf. GE 11, 1.

(13) GE 11,1.

Debemos reconocer que en este esfuerzo de respuesta la teología ha sido conducida a una vigilancia cuidadosa sobre su propia práctica teórica. Pero quizás esto ha contribuido, en mayor o menor proporción, a que la enseñanza teológica en las diferentes Facultades se haya quedado a un nivel muy académico, en un diálogo de especialistas y no en una reflexión con referencia al pueblo de Dios, al crecimiento de la fe de la comunidad eclesial. Lo "pastoral" ha venido a considerarse como un desprecio de lo intelectual, como una teología meramente vulgarizada, siendo así que es la fuente original de lo teológico. El "lugar social", de que hemos hablado antes, ha quedado en un segundo plano y se ha perdido la actitud crítica de la teología ante nuevos planteamientos y situaciones.

Ciertamente esta es una deficiencia que las Facultades de Teología deberán reconocer, si no quieren convertirse en una pieza más de un sistema vigente, y si no desean que su labor quedé infecunda y no incida en la formación de verdaderos agentes de cambio en el presente y futuro de América Latina.

No se trata de que la teología se reduzca a una respuesta a los interrogantes de orden filosófico o de la literatura culta actual. Existe un pueblo concreto, en comunidades eclesiales concretas, con su propia problemática de fe, a raíz de su vida real; un pueblo en el que existen muchos signos de anticomunión. Toda esta situación particular no puede estar ausente de un trabajo académico, pues de lo contrario será algo estéril y sin efectividad. Y no es que la esterilidad le venga de

ser científico, sino por no partir de una situación concreta, ante la cual tome una actitud crítica positiva, en un espacio de libertad.

La Facultad de Teología, por lo tanto, *no puede ser un simple establecimiento comunicador de conocimientos teológicos, sin alterar en nada desde el punto de vista crítico.* Nuestra constante preocupación, como integrantes de la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana, es si en efecto nuestro trabajo (como profesores o alumnos) *está incidiendo críticamente en toda la Universidad y en la problemática de nuestra comunidad eclesial local.* Sólo así nuestra Facultad podrá llegar a ser el centro vital de toda la Javeriana y ofrecer a los jóvenes *una alternativa válida en su formación sacerdotal.*

Antes hemos indicado lo que se echa de menos en un modelo de formación seminarística tradicional. La Facultad de Teología puede ofrecer, y de hecho la nuestra lo hace poco a poco, *una apertura positiva y real,* que comienza por la convivencia con alumnos de universo religioso y eclesial diferente. De hecho los alumnos que vienen a nuestras aulas poseen diferentes modos de vivencia cristiana: seminaristas, religiosos y laicos, sin excluir el elemento femenino, que ofrece una complementariedad decisiva para el trabajo teológico.

Este hecho exige que la institución de enseñanza teológica *se inserte en un sistema no puramente eclesialístico,* en el cual se seleccionen los elementos de conocimiento que deben transmitirse, a raíz de las diferentes exigencias y necesidades que traigan los alumnos mis-

mos. Se hace necesaria una comprensión nueva de la función del seminarista en la Iglesia, según la cual se ponga de relieve que su compromiso fundamental es con el pueblo que debe recibir el anuncio liberador del Evangelio (14), en orden a construir una comunión y participación efectivas. La vocación del alumno es para dedicarse al pueblo de Dios y *no a mantener un sistema cerrado y burocrático*. Está por delante una misión evangelizadora que debe comunicar un Cristo que no se comprende sino en relación a nuestra salvación (15) y que debe hacer que la misma enseñanza teológica *ligue realmente a los estudiantes con los hombres y sus problemas*, y los comprometa a ser una presencia evangélica en su medio concreto.

Por lo anterior vemos que no es absurdo pensar en la conveniencia de que los alumnos estén en *una proximidad con el pueblo*. ¿No se hace muy importante el hecho de que los estudiantes de teología hayan tenido algunas experiencias con el pueblo, que antes de venir a su estudio teológico hayan vivido en contacto con la gente más simple y pobre (del campo, de la periferia de las ciudades, etc.)? Al menos no se descarte la posibilidad y piénsese. Esto contribuiría sin duda a la captación real de los problemas. No es por esnobismos o inmediatismos, *sino por una motivación profundamente evangélica de sensibilización por una problemática que exige una respuesta cristiana efectiva*. Esta ex-

periencia incidirá claramente en el estudio de una teología más real, más encarnada, que responda más a nuestra situación concreta, y suscitara cuestionamientos que incluso obligarán a los profesores a repensar su teología y establecer las necesarias modificaciones. En este punto la responsabilidad de los alumnos, sangre joven e inquieta, es muy grande. Y muy especialmente su universo cultural se ampliará positivamente y con la ayuda fraternal de los profesores y de los directores espirituales podrán tomar actitudes críticas ante los problemas reales del pueblo.

El profesor de la Facultad teológica no debe restringir su teología *al ámbito cerrado del mundo clerical, por muy importante que le parezca*. Es de desear una apertura cada vez mayor de los profesores, individualmente y como cuerpo, a un diálogo interdisciplinar, especialmente con las ciencias sociales y antropológicas. Es que los datos de las otras ciencias son asumidos por la teología y reelaborados, según su método propio. Será un auténtico enriquecimiento y ella, a su vez, ejercerá un papel positivo de crítica a todo abuso de los intereses de las demás ciencias. Se impone, además, crear un clima de libertad académica para los profesores y que estos posean una clara conciencia del lugar social de América Latina, *una apertura a la problemática de la nación en el momento en que se vive y una mayor participación en el nacimiento de movimientos y reflexiones nuevos en nuestra Iglesia*.

(14) Cf. Puebla, 351.

(15) Cf. Puebla, 187-219.

La Facultad deberá contribuir a que la ciencia teológica se constituya en una tribuna abierta dentro de la Universidad, en pro de una mayor sensibilización por el pueblo de Dios y sus problemas. Esto no quiere significar que se deje la seriedad científica, sino que toda la profundidad teológica sea un instrumento en la elaboración de los temas reales de la situación eclesial y popular y en la verdadera función crítica que está llamada a ejercer en la situación concreta.

Como podemos advertirlo, en las reflexiones anteriores se nos ofrecen líneas concretas de apertura de horizontes para alumnos, profesores y facultad teológica como tal. Es posible que algunas de ellas ya se encuentren en proceso de realización, pero también lo es el que otras se ofrecen a la Facultad de Teología, en concreto a la nuestra, como desafíos claros y estimulantes de una reflexión más de acuerdo con nuestro medio. De todos modos, en medio de las deficiencias, *creemos que la alternativa que ofrece nuestra Facultad, para una formación sacerdotal a tono con las nuevas circunstancias históricas, es muy válida y sinceramente afirmamos que nos mueve a todos, profesores y alumnos, una conciencia evangélica de que nuestro "enseñar" teología debe proyectarse en apertura a un "hacer" teología en nuestra Iglesia particular, con un deseo de hacer de ella un "compartir" cristiano auténtico.*

CONCLUSION

Las reflexiones del presente artículo nos confirman en la íntima

relación que tienen entre sí una formación sacerdotal, particularmente en su aspecto teológico, y la misma formación, a partir de situaciones concretas y para destinatarios particulares. El "enseñar" y el "hacer" teología constituyen una necesaria unidad existencial.

Toda la apertura que la formación teológica en la facultad universitaria pretende ofrecer al candidato al sacerdocio tiene un objetivo muy definido: no se trata de responder a desafíos de una situación ajena, sino a los que lanza nuestro medio concreto. La formación sacerdotal en todos sus aspectos deberá sentirse implicada en las contradicciones sociales, políticas y económicas de nuestros pueblos concretos; deberá partir de las situaciones en las que la propia libertad pierde sentido por la imposibilidad de vivir humanamente. En una palabra deberá ser sensible al "lugar social" de los formadores y formandos.

Tampoco se trata de una apertura que es claudicación y libertinaje, sino animada y asesorada por expertos directores, no sólo en lo intelectual, sino en los otros aspectos integrantes de la auténtica formación sacerdotal, especialmente en el espiritual.

La motivación que citábamos al comenzar nos señalaba una línea de proyección de la formación hacia la realidad en que se realiza la historia de salvación: un progreso en la madurez humana integral; un conocimiento sólido y coherente del hombre, del mundo y de Dios, para buscar la solución de los problemas humanos a la luz de la Revelación y comunicar la verdad a los

hombres de hoy; una preparación para ser testigos de la fe en el mundo.

Todo queda ampliamente reforzado por nuestras reflexiones sobre la urgente necesidad de que no nos quedemos en una formación abstracta, meramente teórica, sino que seamos conscientes de que realizamos una contribución en la construcción del Reino de justicia, de

mor y de paz entre todos los hombres de nuestro Continente.

Solamente en esta tónica será factible formar *no sacerdotes del montón, sino verdaderos agentes de transformación*. Este será el único camino viable para la colaboración en una Iglesia comunión en nuestra América Latina. Así los futuros ministros del Señor sentirán confirmada su vocación, ante la apasionante tarea que tienen ante sus ojos.